

Un día para celebrar, valorar e impulsar el voluntariado

El voluntariado es la declaración pública de una sociedad que mira a su alrededor y reconoce, entre otras, las realidades de injusticia o sufrimiento de su entorno. Es una comunidad que se moviliza para aliviar, disminuir o hacer frente a dichas realidades. Es una fuerza humanitaria que se organiza para ayudar a las personas que lo necesitan con el objetivo de mejorar sus vidas.

Hay, en estas primeras frases, algunos elementos relevantes que debemos recordar en este Día Internacional del Voluntariado y que resaltan su valor social en una sociedad, que sin duda es más humanitaria en cuanto más impulsa ese compromiso, promueve esa participación y proyecta esa solidaridad.

Destacamos algunos de estos aspectos que conforman el voluntariado actual y del futuro; los valores que lo orientan, la actividad que desarrolla, el sentido de comunidad que construye alrededor de sí mismo y el horizonte transformador que busca.

En primer lugar, el voluntariado es un compromiso personal que puede tener distintas motivaciones. Desde el “tengo tiempo”, “me siento sola” o “mi fe lo motiva”, hasta la obligación moral de participar en las realidades del entorno. Sea cual fuere, nace vinculado con valores centrales como la justicia, los Derechos Humanos, el cuidado y la compasión. Aunque también juegan un papel imprescindible emociones como la confianza y la esperanza.

Ese compromiso personal es un viaje que comienza saliendo de una misma. Confiando en las propias fuerzas para hacer mejor el mundo, abriéndose a colaborar con otras personas, a veces, desconocidas y muy distintas a una misma; creyendo en la construcción de una sociedad más justa.

En segundo lugar, el voluntariado es un compromiso con las personas con las que se establecen vínculos para su cuidado, para fomentar su autonomía y/o su empoderamiento. El voluntariado es fundamentalmente relación con otras personas. Es escucha y acompañamiento. Es un rostro que se aproxima. Un encuentro y un diálogo que acaba transformando a la propia persona voluntaria, convirtiéndola en aliada infatigable de las personas que acompaña y de sus causas.

Nunca es neutral. Siempre debe posicionarse con las personas y sus derechos. El voluntariado comprende que su aportación no sustituye los deberes del Estado en cuanto al cumplimiento de los Derechos Humanos. Su lugar es el auxilio, el empoderamiento, y a veces, la denuncia social.

En tercer lugar, el voluntariado es un compromiso de mejora, por pequeño que sea. Una semilla transformadora con mucha paciencia, pero ubicada en una posición social crítica y propositiva. Su conducta, en sí misma, es una reivindicación. Se pueden hacer cosas. Se pueden hacer más cosas para mejorar la vida de la gente. Se pueden hacer más cosas para mejorar la vida de la gente con la propia gente.

El objetivo último del voluntariado es reconocer el lugar y la voz de quienes no lo tienen para que lo tengan por sí mismos. El voluntariado no es sólo un paliativo social, sino que tiene una fuerza inestimable en la prevención de los riesgos sociales actuales; la soledad, la desesperación, la incertidumbre vital o los miedos.

Por último, el voluntariado es una comunidad organizada que se reconoce fuerte con otras personas, que evita los personalismos y rompe con el individualismo. Es un programa de participación social y de solidaridad que acompaña en las necesidades de consuelo, de ternura, de sentido, de esperanza y de participación.

El voluntariado es, en definitiva, parte de esa cultura intranquilizante que nos saca de nuestra zona de confort. Se trata de un acto en el que está en juego cómo entendemos, no sólo el cuidado de los demás, sino el cuidado de una misma.

Mabel Cenizo

Responsable de Voluntariado de CARITAS GIPUZKOA